

HACIA UNAS COMUNIDADES ADULTAS



Joe Mulrooney

El libro «*Curas en unas comunidades adultas*» propone una muestra de algunas experiencias diversas, que forman parte de la realidad del siglo XXI en la Iglesia católica: muchas comunidades viven estas experiencias y están, por así decirlo, al margen de la gran iglesia; y no harían disfrutar a los canonistas. Las reflexiones propuestas en el libro son un intento por mirar, reflexionar y aprender de manera muy positiva, un desafío para repensar sobre estas comunidades y una llamada a la acción.

Son comunidades adultas: es decir, comunidades en las que los roles de liderazgo han emergido del seno de esas comunidades en toda su diversidad, y en las que todos son responsables según sus talentos. La palabra *cura* en el título previsto originalmente («*Cura: poeta, profeta y realista*») alude a la situación actual en la Iglesia católica romana, que, entre otras cosas, ha dado lugar a esta colección de ensayos.

Se trata de una iglesia con una separación clara entre clero y laicos; una iglesia gobernada de manera jerárquica, en la que toda la autoridad está confiada a una casta de hombres célibes. El hecho de que todos los miembros del pueblo de Dios, en la comunidad, en las relaciones, sean testigos sacerdotales del Reino de Dios,

activamente presentes en la vida de la comunidad y nuestra esperanza para el futuro, es apenas reconocido más que con la punta de los labios.

La evolución a lo largo de los siglos que ha desembocado en la situación actual, nos ha hecho entrar en un invierno de decadencia con un déficit de ministros del culto, hombres y célibes, dejando a numerosas comunidades desprovistas de la celebración eucarística y concentrando su testimonio común en la acción de gracias y la plegaria sobre la presencia del Reino en su seno.

Pero la mayoría de los ensayos de este libro ilustran la segunda mitad del título primitivo : «*Poeta, profeta y realista*».

Se trata de signos positivos de primavera y no gemidos del invierno. Se trata de ejemplos, diferentes en muchos aspectos, de comunidades que se hacen adultas, saliendo de la atmósfera del colegio maternal, donde el profesor lo sabe todo y tiene la última palabra sobre todo: ¡una práctica educativa efectivamente muy pobre! Pero la pregunta era ¿Cuál es la visión poética que se esconde tras todo esto? ¿Qué es lo que ha empujado a estas comunidades a ponerse en camino y, en función de diferentes experiencias de la realidad de Dios en medio de ellas, a *cantar un cántico nuevo al Señor*?

Con toda seguridad en ellas ha estado la

esperanza suscitada por el soplo de aire fresco proveniente del Vaticano II, en particular el acento sobre la comunidad en tanto que Pueblo de Dios.

En ellas ha habido también una atención a la vida y a la enseñanza de las primeras comunidades cristianas y la toma de conciencia de que muchas ideas se han perdido de vista en el transcurso de los siglos. Al mismo tiempo hay una toma de conciencia creciente de que toda teología es contextual. Una definición de base de la teología es que se trata de una reflexión sobre mi experiencia en una comunidad que tiene una cierta profesión de fe (en el caso de comunidades presentadas en este libro, la profesión de fe es un intento de ser fieles al anuncio del Reino como testificó Jesús de Nazaret, predicador judío del primer siglo: representa un viaje): la convicción actual de la presencia real de Dios en nuestra vida y en las comunidades en que vivimos y crecemos hacia un futuro donde esta misma presencia es nuestra esperanza y nuestra salvación. No podemos contentarnos con parar el vídeo en una imagen jerárquica que se ha desarrollado después del siglo IV y con mayor claridad todavía al final de la Edad Media. Ni podemos aceptar un «modelo único» de la teología y de la práctica: una institución no puede estar micro-gestionada desde un centro sin matar las formas diversas de vida, de crecimiento y de



alimentación que se dan en lugares tan diferentes.

1.- La lámina de fondo en la motivación de estas comunidades es el deseo de abrazar la vida en toda su complejidad y buscar

nuevas formas de llevar a cabo la tarea teológica. La vieja ortodoxia adoptaba una aproximación rígida y dualista a la realidad; y esto se reflejaba en la práctica de la iglesia y en la disciplina. La realidad era contemplada en términos de conflicto y de oposición: trascendencia/inmanencia, sagrado/profano, comunidad/individuo, espíritu/materia, cura/laicos, hombre/mujer... Desde que este paradigma (*esto/o...*) cede su lugar para aceptar una aproximación en términos de (*en conjunto/y*), entonces la comunidad es impulsada por la toma de conciencia de que son las tensiones de la base las que forman la trama de nuestra existencia: estas tensiones son en efecto creativas, son los desafíos que nos conducen hacia lo que nosotros buscamos: llegar a ser lo que podemos llegar a ser, de más a más plenamente humanos.

El primer texto del Génesis ofrece una imagen del séptimo día del mito de la creación en la que Dios, viendo que todo es no solamente bueno, sino verdaderamente muy bueno, se regocija de la diversidad de la

creación y le permite llegar a ser lo que ella puede ser. Vivir es entrar en relación y crecer juntos.

2.- Una de las cosas perdidas de vista nos conduce a Pablo en *Gálatas 3*: «Pero, ahora que el

tiempo de la fe ha llegado, no estamos más sometidos a una disciplina. En Jesucristo, todos vosotros sois hijos de Dios por la fe. Todos vosotros, que habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo. Ya no hay más judío ni griego ; no más esclavo ni hombre libre; ya no hay más hombre y mujer: porque todos vosotros sois uno en Jesucristo. Y si pertenecéis a Cristo, es claro que sois la descendencia de Abrahán y recibiréis la herencia que Dios ha prometido». Citando probablemente una fórmula bautismal, Pablo habla de nuestra igualdad en tanto que miembros bautizados del Pueblo de Dios, de nuestra igualdad en Jesucristo como resultado de nuestro bautismo. Una nueva acentuación sobre el bautismo nos pone en guardia, en un contexto dualista, contra una simple espiritualización de la noción de igualdad en una iglesia transformada en muy jerarquizada: legalmente todos los consejos de laicos son solamente consultivos y, según el cura de mi parroquia, es él quien tiene la última palabra en todos los asuntos. ¿Todos iguales en el cuerpo de Cristo?

3.- Esta idea nos lleva a la pregunta sobre la relación entre el individuo y la comunidad. La evolución del ministerio en la iglesia ha puesto el acento sobre el individuo y sobre la llamada personal al *sacerdocio* hecha por Dios (recordémonos que la palabra *sacerdote* no es utilizada para ninguna persona en el N. T.)

Si, por el contrario, los roles de liderazgo emergen del encuentro de las necesidades de la comunidad y de ciertos carismas, talentos y dones poseídos por individuos dispuestos a servir, entonces evidentemente la llamada pasa por la comunidad: nuestras ideas y nuestras prácticas deben encarnarse. La forma de ser *sacerdote* no existe como un absoluto; solamente en las formas en que se ha ido encarnando. Pablo ha practicado en efecto un ministerio de equipo, es por eso que él llama a colaboradores, hombres y mujeres. Por otra parte, él hace notar que el *sacerdocio*

cultural no está en su programa. La teología y la práctica son contextuales.

4.- Reconocer esto es desprenderse del resultado sagrado, consecuente a la elevación de una persona sagrada cuyo rol principal es litúrgico. El edificio iglesia ha llegado a convertirse en un espacio sagrado. Se ha perdido de vista el aspecto de encarnación del pensamiento cristiano (y de otros). Un modelo complementario sugiere que lo que hace sagrado un edificio son los que entran en él. En las palabras del personaje de una novela de Alice Walker: «Vamos a la iglesia no para encontrar a Dios, sino para compartir a Dios». La eucaristía es el punto central de nuestro encuentro en la acción de gracias y la alabanza por la presencia de Dios que hemos experimentado en nuestra vida en comunidad: es ahí donde *cantamos al señor un cántico nuevo*.

Si toda la comunicación tiene un sentido único (seis pies por encima de toda contradicción), ¿qué espacio queda al compartir? Hemos espiritualizado el concepto de salvación, en un dualismo cuerpo-espíritu, y lo hemos proyectado sobre un futuro escatológico en otro lugar. La salvación se refiere a nuestra existencia entera aquí y ahora; a nuestro futuro total y plenamente humano, hombre y mujer, en nuestras interrelaciones complejas y en el conjunto de la sociedad de la que formamos parte.

**Si algún lector desea recibir el libro
«CURAS EN UNAS
COMUNIDADES ADULTAS»
puede solicitarlo a:
Moceop-Tiempo de Hablar
Arcángel S. Gabriel, 9,1º-B
02002 ALBACETE
Colaboración 15 euros**